

LOS OLVIDOS DE LA EDUCACIÓN

TIEMPOS DE PENURIA

VÍCTOR KREBS

1. INFORMACIÓN Y SABER

Reflexionando acerca de la invención de la escritura en su diálogo *Fedro*, Platón advertía el peligro que esta nueva técnica implicaba para el hombre. Esta invención, nos decía,

“...no producirá sino el olvido en las almas que la conozcan, haciéndolas despreciar la memoria. Por su confianza en lo escrito, recordarán por medio de caracteres externos ajenos a ellos, en lugar de hacerlo por su propio esfuerzo....cuando vean

que pueden aprender muchas cosas sin maestros, se tendrán ya por sabios, y no serán más que ignorantes pretensiosos e insoportables en el comercio de la vida”.¹

En el lenguaje oral las palabras no son sólo signos sino al mismo tiempo voz, con tonos, ritmos y cadencias que les otorgan la capacidad de tocarnos y conmovernos inmediatamente, que espontáneamente evocan ecos en nuestro recuerdo que las anima y las integra a nuestra conciencia. Las palabras escritas, sin embargo, carecen de esa sensualidad y así del

poder del lenguaje hablado de propiciar la transformación interior de la información y la vivencia en saber y experiencia. Platón estaba advirtiéndome aquí el peligro de que nuestras palabras, al perder esa dimensión sensual, puedan convertirse en meros vehículos de información que, sin comprometer a la persona excepto en su captación intelectual, y sin requerir de ella el trabajo de rearticulación propia que implica la escucha, terminen reemplazando el verdadero saber por un mero mimetismo técnico sin ninguna transformación de la conciencia.

Y es que sólo cuando nuestra recepción de las palabras está acompañada de ese "trabajo de memoria", es decir, solamente cuando las palabras son recibidas con el cuerpo entero y su emoción, pueden ellas adquirir la vitalidad y plasticidad que las hace expresiones vivas y medios de verdadero saber.

Los escrúpulos de Platón en contra de la escritura, sin embargo, pueden parecerse exagerados ahora, pues bien sabemos que la palabra escrita en una buena novela, por ejemplo, puede proporcionarnos vivencias muy profundas e incluso verdadera sabiduría. Pero ello es el resultado de un nuevo aprendizaje que ha sido necesario para vencer la tendencia al olvido de la reflexión personal que encerraba la nueva técnica.

Hay que distinguir, entonces, entre el conocimiento que los conceptos comprendidos desde una mentalidad instrumental y volcada hacia afuera hacen posible, y aquel que resulta de un esfuerzo reflexivo e interior.

Por un lado, tenemos un modo de pensar *técnico*, intelectual y dirigido hacia la construcción, adaptación, y el control de nuestro medio externo; y, por el otro, tenemos un modo de pensar *reflexivo*, que se orienta más bien hacia la conciencia o discernimiento del valor de nuestras acciones y logros en función de nuestra propia naturaleza, y que busca su sentido y relevancia en función de quiénes somos desde lo más íntimo y profundo.

Cada uno responde a diferentes necesidades igualmente importantes, pero distintas e insustituibles, del hombre. El primer modo de saber corresponde a un instinto *productivo* (de "hacer cosas"); el segundo a lo que podríamos llamar un instinto de *reflexión*. Mientras que el instinto de producción es una cuestión, podríamos decir, de "inteligencia" y nos lleva hacia el progreso, el instinto de reflexión es más bien una cuestión de *alma*, que nos conecta con la dimensión psíquica o moral del hombre. Es sobre nuestro olvido de la diferencia entre la producción y la reflexión, la información y el verdadero saber que nos alertaba Platón.

2. EL OLVIDO DE LA IMAGEN

Nos encontramos en una época en que aparentemente el lenguaje escrito está siendo reemplazado por la imagen. Inicialmente parecería ser este un movimiento inverso al que detectaba Platón. Pues si del lenguaje oral al lenguaje escrito se perdía la sensualidad de la lengua, con la sustitución del lenguaje escrito por la imagen estaríamos recuperando la inmediatez de los sentidos que le otorgaban a las palabras su poder de transformación.

Y esto parecería cierto. Por medio de la tecnología, por ejemplo, podemos ahora tener a disposición para nuestra vivencia propia imágenes naturales no sólo inaccesibles en nuestra existencia urbana, sino además imposibles a no ser a través de las hazañas de camarógrafos aventureros. La majestuosidad del vuelo de un cóndor contemplado en la soledad del altiplano, por ejemplo, o la ferocidad y el temple de un león en plena caza, son imágenes que la tecnología nos hace accesibles, y accesibles de manera privilegiada. Es claro que hay también muchas deficiencias de las que adolece la imagen tecnológica: Una imagen de la naturaleza en la pantalla de la televisión está desprovista de muchos de los elementos sensoriales que la cámara simplemente es incapaz de transmi-



tirnos; y el lente del camarógrafo solo capta lo que él capta, que puede ser muy distinto de lo que nosotros, en nuestros propios cuerpos, captaríamos. Pero, de todos modos, estamos ante imágenes que amplían las posibilidades de nuestra experiencia, al despertar en nosotros también otras facultades de percepción que la intelectual. Y quizás más esencialmente, la tecnología, al reproducir las imágenes de la vida real, nos hace capaces de superar la limitación del tiempo, de volver a repetir la imagen pasada en el presente tantas veces como queramos y a la velocidad que deseemos, haciendo así posible una dimensión de percepción y de conciencia antes imposible.

Pero la imagen que define nuestra época *no es* aquella que movía al alma primitiva al asombro, y que inspiraba sus ritos; no es la imagen que le habla al corazón del individuo y lo mueve a articular a su vez palabras cargadas de experiencia profunda. *Nuestras* imágenes nos dejan fríos. Sólo tenemos que pensar en cómo atendemos a las imágenes de horror que inundan nuestras pantallas todos los días en las noticias para tomar conciencia de esto. Hay una gran pobreza en nuestra relación con ellas, evidente en la forma cómo recibimos incluso a las imágenes más simples. Captamos sólo lo más general, y frecuentemente ni siquiera lo esencial. Es una experiencia común el ver que, sobre todo los jóvenes, quienes han nacido y están creciendo en lo que se llama frecuentemente "la época de la imagen", las *miran* pero no las *ven*. Habitan un mundo con el que se relacionan a través de una imagen reducida a las categorías intelectuales más generales, que les exigen sólo el más mínimo grado de compromiso.

Lewis Lapham, editor de la revista *Harper's*, se pronunció elocuentemente acerca de este fenómeno cuando escribió:

En lugar de narrativa tenemos ahora el montaje, y así nos contamos unos a otros historias, no uniendo palabras, sino haciendo conexiones [...] entre las cintas de películas almacenadas en nuestras cabezas. [...] la audiencia aprisionada entre las paredes de los medios electrónicos habita la ilusión del *érase-una-vez* en que Eva Perón es una modelo de Dolce & Gabbana y amiga de Sting..... Hay demasiada gente que piensa que es suficiente simplemente reconocer el nombre o la figura de Tom Cruise o George Bush, y que ensartando sus símbolos como cuentas en un hilo de fantasías privadas logran decir algo tanto público como profundo. Aparentemente nunca se les ocurre que hablan un lenguaje de experiencia pre-grabada y clichés prefabricados, adaptados a las especificaciones de una máquina en un reino mágico donde, en la sombría pero acertada frase de Simone Weil, "es la cosa quien piensa, y el hombre lo que se reduce al estado de la cosa".²

Pareciera, pues, que, efectivamente, ha sucedido con las imágenes lo que Platón temía que pasaría con las palabras escritas. Acumulamos información sin que esta haya sido procesada por la conciencia, sin que haya pasado a formar parte de una experiencia real. Nuestra relación con el mundo ya no es ni inmediata ni espontánea. Ya Heidegger decía que lo que caracteriza a la actitud moderna es un distanciamiento del mundo que, convertido en representación simplemente "detiene lo existente para hacerlo objeto de inspección intelectual."³ Captada a través de abstracciones conceptuales y categorías prefijadas, la imagen es ya incapaz de conmovernos o comunicarnos el movimiento dinámico del mundo. En lugar de acercarnos más bien nos extraña del mundo, lo pone frente a nuestra mirada haciéndolo objeto, mercancía, producto.

Al ver a la imagen solamente como representación, la captamos meramente desde la cabeza, ignorando la actividad oculta y si-

lenciosa de nuestro propio cuerpo. Perdemos así contacto con el proceso interior mediante el cual participamos del proceso de la vida y del mundo y confundimos esa conciencia vital en la que las cosas van adquiriendo sentido en relación con nuestra experiencia, con la mera acumulación y manipulación de datos informáticos.

3. EL CULTO DE LA INFORMACIÓN

No sólo la palabra escrita, entonces, sino toda técnica, al estimular el desarrollo del pensamiento productivo, necesariamente fomenta el olvido de la interioridad. Las manifestaciones de este peligro de la técnica abundan en el intento cada vez más arrasador y más inconsciente en la cultura actual de concebir todo en función de la ganancia y la producción.

La nuestra ya es una condición cultural, una postura ante la realidad que se caracteriza por la tendencia, que en diversas medidas ya mostramos colectivamente, a tratar todo como mera información, a establecer con la experiencia una relación sin ningún compromiso personal. Y además, como lo pone Neil Postman en su libro *Technopoly*, para nosotros "el progreso técnico es el logro supremo de la humanidad y el instrumento por el cual nuestros dilemas más profundos han de ser resueltos". Explícita o implícitamente todos parecemos compartir esta creencia, y la acompaña un entusiasmo colectivo que pareciera justificarse en todos los desarrollos que nos rodean.

El incremento vertiginoso de la información es uno de los productos más evidentes del avance tecnológico. Con la velocidad y la urgencia que caracterizan al influjo informático en nuestro mundo actual, nuestra capacidad de integrarlo a nuestra visión del mundo, y así darle sentido, se ve cada vez más comprometida. Y es que aparte de la cantidad abrumadora de nueva información, la costumbre a tomar todo superficial-

NO ES SÓLO LA PALABRA ESCRITA, ENTONCES, SINO TODA TÉCNICA, AL ESTIMULAR EL DESARROLLO DEL PENSAMIENTO PRODUCTIVO, LA QUE NECESARIAMENTE FOMENTA EL OLVIDO DE LA INTERIORIDAD.

Nuestra fascinación ^{mente nos} ^{incapacita} eventualmente incluso para reconocer ya nuestros propios deseos y aspiraciones. Y lo que sucede a nivel individual simplemente se repite y magnifica a nivel social. con la estadística, con los récords, y con todas las formas cada vez más sofisticadas de medición de la realidad con las que contamos mantienen nuestra relación con el mundo a un nivel sumamente superficial, aunque por supuesto útil para los propósitos de la sociedad tecnológica, cuya lógica interna, como podemos ver todos los días, ya no es sólo técnica sino además comercial. La información y su promesa de incluso mayores victorias tecnológicas y comerciales, constituyen nuestro ideal de *progreso*. Este ideal ejerce tal presión social que tiene como resultado el que las instituciones que deberían cumplir la función de evaluar, descartar o integrar nueva información desde la visión y los valores constitutivos de la cultura, sean poco a poco desplazadas por organismos de mera organización técnica, es decir por burocracias, que a su vez se multiplican *ad nauseam*. Hasta que al final quedamos a la merced de organismos de control que se guían por el único valor de la eficiencia administrativa y la ganancia económica.

Dejamos así asuntos de gran importancia moral, social, y política en manos de burócratas. Y lo más alarmante es que esto empieza a suceder incluso en las mismas universidades. Pienso, por ejemplo, en la opinión que escuché una vez en una universi-



dad que se identificaba orgullosamente con el futuro tecnológico», que las decisiones sobre los aranceles y las matrículas nada tenían que ver con el sector académico de la universidad, y que por lo tanto no les competía a los profesores la discusión. En algún nivel de las decisiones es cierto que el sector académico no tiene más que decir, pero ¿no hay acaso un asunto más fundamental que el económico que está en juego para el que el sector académico es precisamente el indicado para evaluar? ¿No es acaso la concepción de la educación como algo irreductible a consideraciones de orden instrumental y económico lo que tiene que primar en estas decisiones?

4. LA UNIVERSIDAD EN TIEMPOS DE PENURIA

Nos encontramos en una encrucijada en lo que se refiere al futuro de la Universidad. Las circunstancias que nos rodean, todas, apuntan a cambios radicales —de milenio, de visiones de país, de proyectos nacionales, de globalización y tecnología, etc., etc.— que exigen de una reflexión seria acerca de lo que significan para el futuro de la educación. Es necesario tomar conciencia de las fuerzas culturales que definen estos tiempos, los presupuestos implícitos, los valores desplazados silenciosos e incluso involuntariamente por la prisa y el entusiasmo en el que parecemos todos entrar cuando se trata de estos nuevos desarrollos. Sólo así será posible la distancia crítica desde la cual reflexionar sobre la naturaleza misma de lo que concebimos como educación.

No creo estar siendo excesivamente dramático al calificar a estos tiempos como “tiempos de penuria” —una frase que usa Martin Heidegger— para describir a principios de siglo los tiempos que estamos viviendo. Quiero aludir mediante esa frase a la situación de crisis en la que pienso que

NOS ENCONTRAMOS EN UNA ENCRUCIJADA EN LO QUE SE REFIERE AL FUTURO DE LA UNIVERSIDAD. LAS CIRCUNSTANCIAS QUE NOS RODEAN, TODAS, APUNTAN A CAMBIOS RADICALES —DE MILENIO, DE VISIONES DE PAÍS, DE PROYECTOS NACIONALES, DE GLOBALIZACIÓN Y TECNOLÓGICACIÓN, ETC.

se encuentra nuestra sociedad por la falta de reflexión y distancia crítica propiciada por los vertiginosos desarrollos tecnológicos que genera el olvido de la diferencia entre un entrenamiento técnico y una genuina educación. Estoy refiriéndome a la actitud que se manifiesta, por ejemplo, en la práctica ya aceptada de justificar la labor académica en función de “productos” medibles y cronometrables; y en la dependencia creciente en criterios técnicos y económicos para dirigir la actividad de la universidad que, en contra de su intención profesora, termina tratando la labor docente como la producción de técnicos competentes; y más recientemente, en la exigencia de que los diferentes programas de la universidad se autogestionen, independientemente de las funciones distintas que cumplen en el proceso de la educación.

Esta actitud cultural resulta de aquella forma de relacionarnos con las cosas que reduce todo a su valor económico, y así le da voz a ciertos ideales culturales que vamos adoptando casi por ósmosis y que, por ello mismo, ni siquiera se nos ocurre cuestionar. Esa actitud es inseparable de los tiempos que vivimos, pues el crecimiento tecnológico exige de ella para sus propó-

sitos. No se trata, por supuesto, de negarnos al avance de la época, lo cual sería insensato; ni tampoco de que nos resistamos a la tecnología, lo cual además sería inútil. Pero sí estoy convencido de que debemos tomar conciencia de lo que ella nos exige, para proporcionarle la compensación y el balance necesario a una situación que de otra manera acarreará costos y pérdidas irreparables.

Y me refiero aquí a las consecuencias sobre las que nos advierte Heidegger, más o menos de esta manera: Cuando reina la actitud consumista y objetificante, utilitaria y triunfalista de nuestro tiempo, nos encontramos frente al peligro supremo. Pues tan pronto como lo que nos rodea ya no nos importa por lo que es en sí, sino sólo como medio para nuestros fines de producción y progreso, el hombre se convierte inmediatamente en el ordenador de esos medios, y entonces él mismo está a un paso de convertirse en otro medio más.⁴

No necesitamos ir muy lejos para confirmar ese diagnóstico. Es más, yo diría que se constata a diario a nuestro alrededor. Por ejemplo, pienso en el espectáculo que presencié el otro día, en las oficinas de la Telefónica, de la desesperación de un cliente ante la negativa de la recepcionista de aceptar su insistencia de que no había cambiado ni de residencia ni de número telefónico, por la simple razón que la computadora indicaba la información contraria. O la escena desorientadora que ocurrió en el banco hace poco, al verse una señora impedida de sacar dinero de su cuenta porque la firma del cheque que se había girado a sí misma no parecía coincidir con la firma registrada en los archivos del banco. Estos ejemplos, indudablemente kafkianos, ilustran cómo, mediatizados por una estructura social que se ha extrañado de nosotros y es incapaz de responder a nuestras necesidades, nos encontramos ya incluso ante seres humanos en quienes no logramos ni reconocernos ni hacernos reconocibles... Sin darse cuenta de la ame-

naza, nos dice Heidegger, el hombre se siente amo y señor de la tierra, y confirma esta sensación al mirar a su alrededor y creer reconocerse en todos sus productos. Pero la verdad es que ya no se encuentra él mismo en ninguna parte.

Debemos decidir si el camino por el que hemos de andar de ahora en adelante cumplirá la promesa de una universidad consciente y responsable a la sociedad y a la cultura, o si se transformará en un instrumento más del automatismo o el sueño en el que está en riesgo de sumirse nuestra presente época inundada como lo está por la revolución tecnológica y la proliferación de la información.

5. EL SENTIDO DE LA EDUCACIÓN

La educación en una sociedad dedicada a la consecución de los valores de la cultura tecnológica y la mentalidad mercantilista, cuya mayor prioridad es facilitar el progreso económico que esta persigue, tiene como objetivo hacer a sus estudiantes capaces de resolver eficientemente los cuantiosos problemas que se le presentan. Es por ello esencialmente una educación informática, que pretende no sólo mantenerse a la vanguardia de los cada vez más rápidos avances de la tecnología, sino además afinar las capacidades de discriminación práctica, y análisis, así como la aptitud para encontrar soluciones inmediatas y efectivas. No es de sorprender entonces que las nuevas generaciones no tengan paciencia con aquello que no es inmediatamente conceptualizable, cuantificable, y fácil de entender. Pues, como hemos visto, de lo que se trata es de producir técnicos efectivos, para lo cual es indispensable esa actitud hacia la realidad. Ni es tampoco sorprendente que esa impaciencia se traduzca en la ironía o el desprecio por cualquier objeto



de estudio que no se someta a las mismas expectativas informáticas y que no se ajuste a criterios de valor técnico, instrumental o económico, pues la capacidad intelectual desconectada de la reflexión vivencial engendra esa *hubris* o arrogancia al producir la ilusión de su omnipotencia.

El valor de la reflexión que hace Platón sobre la escritura, con la que empezamos, está en que nos hace conscientes de la necesidad de una tarea de compensación en casos en que las nuevas técnicas comienzan a proliferar o en casos, como en nuestra cultura actual, en que un modo de conocimiento instrumental nos hace olvidarnos de la importancia de la reflexión. La educación técnica sin un complemento nos hace literalistas, incapaces de ver más allá de las apariencias en el afán de conectarlos exclusivamente al nivel de la información. Ignoramos entonces y nos hacemos incapaces de otros modos de escucha, del cultivo de otro tipo de mirada, y del proceso gradual y natural de maduración personal. De esta manera se nos cierra el acceso a toda una dimensión del saber humano y a los aspectos más profundos de su experiencia.

LA EDUCACIÓN, EN EL SENTIDO COMPENSATORIO QUE NOS INTERESA AQUÍ, NO SE TRATA, NI INICIAL NI PRINCIPALMENTE, DE LA TRANSMISIÓN DE UN CUERPO DE SABER. NO DEBE PENSARSE, EN REALIDAD, COMO UNA FORMA DE INSTRUCCIÓN SINO MÁS BIEN COMO UNA FORMA DE *PROVOCACIÓN*.

Como lo advierte el filósofo venezolano Ernesto Mayz Vallenilla:

la universidad...si quiere ser fiel al tiempo y a su propia idea, debe tratar de llenar los cometidos técnicos que le impone la época, pero a la vez debe luchar para que ello no signifique la pasiva entrega y sumisión del hombre a la alienación que lo amenaza. [...] creemos que es un imperativo de la universidad tratar de impedir que tales rasgos [objetificantes de la actitud técnica] se acentúen....No significa esto, en forma alguna, que se niegue o se limite la enseñanza técnica, aunque sí que se incremente una conciencia crítica ante ella....[Pues] no es posible que la universidad contemple con indiferencia la progresiva pérdida de autonomía que experimenta el hombre por obra de su constante sumisión a la anónima dictadura de la normatividad técnica, ni menos ese extravío moral que representa su ciega obediencia a la idolatría de sus productos...⁵

Nuestra primera labor, entonces, es tomar conciencia de las fuerzas sociales en contra de las cuales luchamos, pues de lo que se trata es precisamente de salvaguardar la posibilidad de reflexión crítica y, al salvaguardarla, entonces compensar el ímpetu totalizador o totalitario de nuestro instinto de tecnificación. En este contexto, lo peor que puede suceder es que la universidad se haga cómplice de ese olvido, o peor aún, que pretendiendo proteger esas otras formas de saber termine subordinándolas a los intereses y los criterios de la producción técnica y la ganancia económica.

Es esencial por ello distinguir claramente entre la educación técnica y el tipo de educación que es necesario fomentar *como complemento indispensable* en esta época. En primer lugar, hay que estar claro que no puede limitarse a proporcionar la habilidad de resolver problemas. El propósito es además el

de proporcionarle los medios al estudiante para que sea capaz de *discernir la importancia y valor de su educación para la cultura*. Debe ser capaz de verla, además, como una prolongación de la propia necesidad personal: algo completamente diferente del entrenamiento de la razón instrumental y más cercano, en realidad, al cultivo del carácter y el discernimiento moral. Se trata de iniciar al estudiante en una búsqueda que no resulte de la mera avidez de información, sino de la necesidad de autocuestionamiento, que surge del sufrir y sentir de la persona asumidos de manera reflexiva y responsable.

Lo que hace a este tipo de aprendizaje, sobre todo en este tiempo, algo tan difícil de asumir, es que exige precisamente del compromiso del que prescinde la actitud informática. Emerson, pensando de este tipo de educación, decía que "ni un grano de verdadero alimento puede venir excepto de la labor que uno dedique a ese trozo de tierra que le ha sido encomendado para su cultivo." Esa labor es ardua y difícil, implica un proceso de transformación interior, de movimientos ocultos y lentos en la conciencia del individuo que van más allá de los confines de la educación formal, que no sólo se resisten a la fácil cuantificación de otros productos de la educación, sino que además se violentan o se frustran cuando ella es

implementada bajo las presiones y prisas del *ethos* tecnológico y las consideraciones económicas prevalentes.

Es obvio, entonces, que la educación, en el sentido compensatorio que nos interesa aquí, no se trata, ni inicial ni principalmente, de la transmisión de un cuerpo de saber. No debe pensarse, en realidad, como una forma de instrucción sino más bien como una forma de *provocación*. Y quiero decir "provocación" no en el sentido político, de querer provocar cambios o una revolución, sino en el sentido de provocar ganas, de estimular interés, de contagiar, inspirar, y seducir. La educación es radicalmente distinta de la formación técnica, principalmente por este elemento personal que la define.

De lo que se trata en nuestra época es de hacer posible otra vez la cultura, que no es otra cosa que una prolongación de la vida natural que se alimenta de las poderosas fuerzas elementales que residen en el corazón humano, y son capaces de establecer ese poderoso vínculo entre las personas que hace posible la compasión, la nobleza, la generosidad; en otras palabras, esa conciencia moral que tanta falta nos hace en estos tiempos de penuria.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ¹ Fedro, 274C-275B.
- ² "Magic Lanterns", Harper's Magazine, May 1997, pág. 11-13.
- ³ "La época de la imagen del mundo", *Sendas perdidas*, Losada, Buenos Aires, 1960, pág. 81.
- ⁴ "La pregunta por la técnica", *Sendas perdidas*, Losada, Buenos Aires, 1960, pág. 29.
- ⁵ "La Universidad y la idea del hombre", *Ratio Technica*, Caracas: Monte Ávila Editores, 1972, pp. 111-112.